

PEDRO MAIRAL

**ESTA HISTORIA
YA NO ESTÁ
DISPONIBLE**

emecé

Pedro Mairal

Esta historia ya
no está disponible



emecé
cruz del sur

Dos ambientes

No se alquila el departamento. Qué raro que no se alquile. Un año en la página web y nada. Mis cuñadas, *qué raro*, todos *qué raro*, *qué raro*. Está bien ubicado y nadie lo alquila. Es luminoso, es chiquito pero luminoso... El departamento no se alquila porque *yo* no quiero que se alquile. Simulo que quiero, pero no quiero. Tiro mala vibra cuando lo muestro, lo vendo mal, exagero problemas de calefacción, ruido del tren, juicio de consorcio, inseguridad... La gente agradece y se va. Y yo me quedo un rato sola. Le saco la batería al celular. Me acuesto en el piso, con campera, con tapado, brazos abiertos, piernas abiertas. Estirada en mi espacio.

Disfruto estar sola. A veces leo sentada, la espalda contra la pared. A veces me quedo dormida. No hay ni un mueble. Solo un teléfono viejo en un rincón del piso, desconectado. Era de mi abuela el departamento, después fue de mamá, ahora es mío. Dos ambientes en un barrio que solía ser más lindo, pero sigue estando bien. Vivimos con mamá casi diez años ahí. Me casé, me fui, tuve tres hijos, se murió mamá. Me llevó tiempo vaciarlo de sus cosas. Hubo un inquilino seis meses.

Un tipo horrendo, acurrucado, experto en informática, medio roedor, como un hamster gigante que dejó manchas de humedad en lugares raros. Fue un alivio cuando se fue. Volvió a ser mío.

Vendría bien la plata, es verdad. Pero mejor me viene poder estar sola. A veces voy a buscar cuentas que tiran bajo la puerta. Me quedo una hora. Me salgo del mundo y del tiempo. No hay planes ahí, ni deseos, ni miedos, el pasado ya no está, y el presente no es nada más que mi pulso y mi respiración. Nada de: mamá la mochila, mamá el cumpleaños de Gabi, los botines, el vestido, amor vayamos pensando si Floria o Polonio, beige o verde seco, Volkswagen o Toyota, ¿qué hay de comer?, ¿fuiste al súper? No se alquila y me despliego ahí. Ni madre, ni esposa, ni amante, ni directora de desarrollo. Nada. Sola en los dos ambientes de mi corazón, los dos ambientes de mis ojos, de mis manos abiertas, mis piernas, mis pies, sin anillos, sin zapatos.

A veces me muevo, hablo conmigo. Camino como zombi, como tarada, como la reina de Holanda. Actúo para nadie. Recuerdo movimientos de las clases de danza a los 15 en la academia. Bailo en medias. Un giro, un gesto. Y puedo estar quieta también y callada si quiero, como metida dentro de una larga pregunta hermosa. Lejos del amor. Basta de amor. ¿Pensaré que tengo un amante? No dice nada. Me gusta un poco que tenga dudas. Mi cuerpo es mío otra vez.

Me costó sacarme el amor de encima. Con todos sus pegotes y costras, vacíos, dolores, todas las furias. Lejos de mí. Basta de hombres hurgándome, queriendo meterse en mí. Lengua, pene, dedos, culpa, fluidos, palabras, tristezas queriendo entrar. ¿Qué buscan? ¿Qué creen que perdieron dentro de mi cuerpo? Acá no entra nadie más. Se quedan fuera. Tengo la llave y cierro con doble vuelta de cerradura. Algún día quizá traiga una cama, un escritorio, un sofá, o quizá no.

Quiero estar en silencio mil años para que se callen los ecos de los gritos y los llantos. Los míos, los tuyos, los de todos. Sin señal, sin wifi, sin ondas de radio que atraviesan el sueño con ruido de fritura eterna, ruido blanco de conexión. Cortar todos los cables, los cordones, los reclamos del cariño. Oír por fin ese silencio que hay detrás del silencio. Dos ambientes, dos pulmones llenándose de aire por primera vez en años. Cincuenta y un metros cuadrados para hacer lo que yo quiera sin que nadie me interrumpa. Una cocina, un baño. Muy luminoso. Excelente ubicación. Nunca se va a alquilar.

Red de redes

Pensaste que se llamaban «redes sociales» porque son un mega entramado de comunicación, pero en realidad se llaman así porque quedaste enganchado como un pescadito. Ya no podés escapar. La araña de tu angustia tejió la enorme red. ¿Cómo fue que terminaste anoche 2 am llorando y con ganas de morirte, mirando fotos de tu amor de la adolescencia de vacaciones con su marido y sus hijos? Vamos paso a paso.

La angustia ya estaba ahí. La tapaste bien. Creíste que había sido un buen día, y quizá lo fue. Te salieron bien algunas cosas en la redacción. Lograste cerrar temas, empezar otros, salir solo a almorzar un martes de sol, sin que nadie te interrumpiera ni te hablara: el plato del día y tu libro. La tarde también fluyó bien, con un té, algunos llamados, orden de archivos, un leve dolor de cuello y, casi sin mirar el reloj, llegó la hora de volver a casa. En el departamento, tu gato, tus plantas y un poco de ropa para poner a lavar. Todo quieto, todo calmo. ¿Dónde estaba la angustia agazapada, entonces?

Después de cenar abriste la caja de Pandora de tu laptop. La deriva de la web. Caíste fácil en los clickbait de las noticias de violencia en los diarios. Una mujer policía que mató a un ladrón. El modo en que se desplomaba el cuerpo de ese chico en el ángulo filmado por la cámara de seguridad. Un ciclista atropellado por un tren. Atención, imágenes sensibles. Como si las imágenes fueran las vulnerables, a quienes hay que cuidar. El video se cortaba justo antes de que el tren le pasara por arriba. Y dentro de tu cerebro sucedía el accidente. Tu cabeza continuó el movimiento del tren e imaginó la muerte. Mataste al ciclista.

Quisiste alivianar las cosas pasando a la flotación de Instagram. Dos seguidores nuevos, desconocidos. Corazoncitos voladores en el torrente sanguíneo. Pero apretaste el ícono de la brújula de búsqueda. Y ahí tu angustia siguió eligiendo cosas. Porque no es que las imágenes provoquen angustia, sino que la angustia provoca las imágenes. La angustia hizo clic en esa foto de ese chico del «antes y después» de su dieta y su año deportivo. Y te cayeron encima tus años de sobrepeso en la escuela, volvió el bullying, que no se llamaba así todavía. Antonio Sosa bautizándote «lechona» para siempre en el recreo de la mañana. La risa de los otros. Veinte años después te sigue ardiendo. Sos un tipo delgado, pero igual la herida está.

Le das enter a la flecha giratoria para que se renueve el feed y caen nuevas variantes de tus traumas, como una máquina tragamonedas, que puede alimentarte hasta que mueras. Ataques de animales, operaciones de nariz que salieron mal, problemas de acné... El monstruo de tu angustia ya casi repleto, adobado, echado de lado, pero aún no satisfecho del todo. Falta el golpe de gracia. La trampa está acechando en esa foto de esa chica de pelo ondulado. El algoritmo genético de los rizos hermosos te va a dar el zarpazo.

Ya cliqueaste alguna vez una foto así y el gran dios digital lo sabe bien. Te lo vuelve a ofrecer, con alguna variante. Se abre un río de veinteañeras de cabellera eléctrica, medusas hermosas, reels de posibles actrices protagónicas en la película de tu vida, cuando te rompieron el corazón. Muy parecidas a aquella novia del último año de colegio. Y ya que estás, buscás su cuenta, la buscás a ella, otra vez, otra vez más. Ahí está. Casada, feliz, con sus rizos atados, en la playa, real, riéndose, en bikini, sin vos, tomando una cerveza con su marido, abrazando a sus hijos, todo ese destino que no fue, sucediendo ante tus ojos en la madrugada. ¿Por qué llorás? Ahí está todavía en tu pecho tu amor brillando intacto.